

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.— Nú-
mero suelto, 10 céntimos.—Atrasado, 25.—Co-
rrespondientes, 25 números, 1,50 pesetas.

LA PANACEA

«La decadencia del espíritu religioso trae perturbada la sociedad. La carencia de ideas religiosas ha corrompido las costumbres. La extinción de los sentimientos religiosos engendra el crimen...»

Cuando se hace desmenuar a la religión tan múltiples funciones se está en camino de profanarla. Las cosas de la tierra confundidas con las del cielo forman la más extraña mixtura. En punto a irreverencia los políticos religiosos son maestros. Jamás la impiedad trató a las creencias con semejanza de desenfado. La religión es freno para el pueblo, resorte para el poder, instrumento para el gobierno. La religión es buena porque garantiza el orden social existente. La religión es útil porque inspira prudencia a los poderosos y a los débiles resignación. La llave de la propiedad está guardada en el santuario. La religión es una especie de guardia civil de las conciencias. De ahí a hacer de la religión enseñanza de partido no hay más que un paso. La religión ampara unas instituciones contra otras: es monárquica y no republicana, gusta del poder personal, es enemiga de los derechos individuales y de la libertad de la prensa, tiene preferencias personales y predilecciones dinásticas. Esto acaba por hacer de la religión lo que la consideramos como una especie de *triaca magna* aplicable a la curación de todas las que ellos estiman dolencias sociales y políticas.

Es curioso observar cuánto más respetuosos suelen ser con la religión los incurdulos que los creyentes. Y no sólo con la religión en abstracto. Esto, a decir verdad, nada de particular tendría. En la mayoría de los casos la incredulidad no es otra cosa sino el efecto de una aspiración religiosa más elevada que aquella que basta a satisfacer al vulgo. Lo singular es que el disidente respeta más que el adepto las ideas que no profesa. De que ello es así dan testimonio los propios actos en que la incredulidad se manifiesta. Porque ¿qué nos costaría a los que no tenemos fe fingir una hipócrita adhesión a las creencias dominantes con gran provecho para nuestros intereses terrenos? Los creyentes no nos piden más sino el frecuentar los sacramentos. El respeto de la verdad nos lo veda. Por donde resulta que son ellos los que se empeñan en que profanemos sus creencias y nosotros los que estamos decididos a no profanarlas.

Pero este respeto de las opiniones ajenas ha de tener también su límite. Defender la cantidad de creencias en que no se comulga, contra los atentados de los que dicen profesarlas, es tarea ingrata que sólo puede conducirnos al desastroso fin que es fama cupo al célebre corregidor de Almagro. ¡Place a los fieles que la religión sea empleada por los hábiles como *instrumentum regni*! Allí ellos. Si en tal concepto sirve a lo menos para garantizar la paz pública y evitar los delitos, eso saldremos ganando.

¡Servirá! He aquí lo cuestionable. Por de pronto la religión nunca ha estorbado la delincuencia. Cada espíritu ha tomado en las creencias lo que concordaba con su naturaleza; la abeja miel, el áspid veneno. Para la inmensa mayoría de los hombres las sublimes enseñanzas del Evangelio han sido palabras sin sentido. De la religión, el espíritu humano sólo ha aprovechado la cáscara, desdendiendo el fruto. Superstición, intolerancia, idolatría es la religión de los mas. Vivimos moralmente en pleno paganismo; no ya sólo el vulgo, sino aun los que no debieran serlo, adolecen del mismo mal. Los directores de las conciencias corren parejas con los de las naciones. Después de dos mil años de cristianismo, así en las relaciones públicas como en las privadas, la fuerza domina en el mundo.

Hay más: no sólo la religión ha sido impotente para domar la bestia humana, sino que le ha servido de pretexto para desatar sus furores. Por una increíble contradicción, las predicciones de paz han engendrado prácticas de exterminio. Nadie ignora que las luchas religiosas son de entre todas las más sangrientas y feroces. Ni Ravallac, ni Jacobo Olemente, ni Gerard fueron impulsados al crimen por el radicalismo revolucionario. Sumadas todas las pasiones humanas, apenas habrán producido tan gran número de delitos como los originados por el fanatismo religioso. Es asombroso, es inaudito que se invoque la fe como remedio contra la delincuencia, en la patria de Santa Cruz, Flix, Jergón y Rosas Samaniego.

Y hay más todavía: el crimen por motivos religiosos no ha sido sólo un hecho, sino también una doctrina. Doctores ortodoxos formularon la teoría del tiranicidio aplicando a su manera los principios que armaron un día en Grecia las diestras de Harmodio y Aristogiton, y en Roma las de Bruto y Casio. Para los casuistas jesuiticos el tirano es el hereje. Estraña y justificada coincidencia Rey hereje, hijo del excomulgado, carcelero del Papa; así llama-

ban al desgraciado Humberto los *ultras* del catolicismo. Asesinarle era un acto lícito, conforme a la abominable teoría del padre Mariana. Tan generosos somos los liberales que no se nos ha ocurrido arrojar la infamante sospecha del regicidio sobre aquella comunidad cuyos maestros han defendido su teoría. En cambio no ha faltado quien, desde el lado opuesto, imputara el negro delito a los masones! Vieron a Humberto oyendo misa, y ¡zas!, le exterminaron. Grande asombro ha debido causar la tal especie entre los honestos vecinos que suelen reunirse periódicamente en las logias para consagrar algunas horas a vagos sentimentalismos filantrópicos y depositar su óbolo en el tronco de beneficencia.

Gran cosa sería que hubiese en el mundo un alto poder espiritual capaz de domar los malos instintos, sojuzgar las pasiones salvajes y guiarnos a todos por los senderos del bien y la verdad. En la radical impotencia de todo medio de fuerza y coacción, a ese poder volverían los ojos las naciones como a tabla de salvación en las borrascas de la historia. Pero no existe. Ninguna suprema autoridad, asume hoy la dirección de la conciencia colectiva. Los que pretendieron alcanzarla no han acertado a adquirirla, y los que la poseían la abdicaron.

ALFREDO CALDERÓN

Nada más que doce heridos, algunos graves, hubo en la obligada batalla campal verificada en la piadosa romería de San Román, junto a Lugo. Pues son muy pocos. O hay fe o no la hay. O realmente está vivo el sentimiento religioso o no lo está.

Y en cualquiera de esos casos, doce heridos solamente, sin tres o cuatro muertos siquiera, es lo que se llama una miseria.

¡Señores curas!... ¡Señores frailes!... A poner más celo en vuestra propaganda. De lo contrario, van a perder las romerías su encantadora animación.

SERÍA YA EL COLMO

En una Crónica barcelonesa publicada en *El Liberal*, se califica de *héroe del buen sentido* a un obrero que, entre otras cosas, dice:

«Mi pupilla, que es alumna y muy aprovechada de una de las escuelas dominicales sostenida por el Centro del Apostolado de la Oración, ha ganado este mes un premio, que es un vestido completo...»

—Permitame una interrupción—la dice el autor de la Crónica;—ese Centro del Apostolado de la Oración pareciera cosa de la Compañía de Jesús. Me extraña. El obrero catalán ¿no es librepensador?

—Lo fué hasta hace poco. Hoy nos es del todo indiferente la cuestión religiosa. Y si en nombre de Cristo o de San Ignacio se nos protege y ayuda, ¡hemos de rechazar neciamente la protección!... Las profesoras de la escuela dominical a que asiste mi hija son señoritas de la mejor sociedad de Barcelona, que se complacen en prescindir de sus paseos y diversiones para dedicar las tardes de los días festivos a la instrucción de las pobres hijas de los obreros. Y ¡hemos de ser tan mal agradecidos, tan mal criados, que contestemos con puñetazos a esos favores!

Quiero creer que *El Liberal* no se ha fijado en esos párrafos, que parecen arrancados de los periódicos que los jesuitas costean, o de esas Hojas de propaganda que reparten.

No es posible que un periódico democrático haga a conciencia una propaganda tan descarada de la reacción, ni que ofenda al obrero catalán suponiendo que se somete servilmente al jesuitismo con tal que le produzca algo.

Habría alguno que así piense, pero la mayoría opina lo contrario y es más digna; y, por de contado, anticlerical sin distinguos.

Me alegraría que *El Liberal* manifestase que no está de acuerdo con esa apreciación del autor de la Crónica.

LOS JEFES REPUBLICANOS, ¿QUE SE HICIERON?

Estamos asistiendo a un espectáculo bufo en que todo el elemento oficial, el gobierno, los prohombres de todos los partidos, incluso los republicanos, y la prensa política, representan los principales papeles.

En la situación en que se halla España, resulta un verdadero sarcasmo lo que están haciendo esas clases que se llaman directoras y esos periódicos que pretenden pasar por órgano de la opinión.

Los unos hacen alarde de un cinismo que no tiene ejemplo en la historia política de este pueblo y los otros se entregan a una labor tan acomodaticia, anodina é insulsa, que sólo puede compararse con el grado de rebajamiento moral a que ha llegado el país.

Si éste, en el fondo de su envilecimiento y miseria conservadora, como algunos mendigos vergonzantes, un resto de dignidad, ni el gobierno ni los empingorotados personajes políticos de todos los partidos osarían burlarse de él en la forma descodada que lo hacen, ni la prensa serviría a diario esas hojas de

papel impreso en que los convencionalismos, la fofez, la carencia de ideales y la falta de independencia se traslucen en cada línea, en cada palabra.

¡Bien descuidados y satisfechos pueden hallarse los representantes del orden político bajo cuyo régimen tantas desdichas, y catástrofes ha sufrido la nación! ¡Bien contentos y esponjados pueden estar los actuales gobernantes en su tarea de hacer ostentación de prestigios ficticios y de triunfos de guardarrropa! Nadie los perturba ni les pone obstáculos.

Ya no queda nada en España de aquel espíritu revolucionario, de aquel republicanismo digno y austero que servían de amenaza y de dique a los abusos y desbordamientos de la realza y la reacción.

Si aquí, en estos momentos, ¡qué digo momentos! en estos larguísima interminables periodos en que la calma tiene a todos sumidos en un sopor semejante a la rigidez y la inercia de la muerte, fuera dado a los poderes públicos suprimir unos cuantos periódicos, que quizá no lleguen en toda España a una docena, podría asegurarse que no quedaba nada, que se habían anonadado y desaparecido por completo aquellos elementos que un día representaban, cuando menos, la protesta viva en frente de la monarquía y la reacción.

¡Y qué triste y desconsolador es esto para los que aún conservan esperanzas y entusiasmos!

Cuando se considera que el potentísimo núcleo de opinión política formado por los republicanos españoles, que pudiera haber sido siempre el obstáculo insuperable puesto en el camino de la política de la restauración, y en un día dado, hace ya tiempo, la salvación del país, se ha disgregado, esterilizándose, perdiendo la fuerza de la unidad y la cohesión a causa de la ineptitud y las malas pasiones de los hombres llamados a dirigirlo, siéntense impulsos de ira y de odio contra tales hombres, que no han hecho otra cosa más que apoyarse en el pueblo y en la opinión republicana para subir y crearse nombres y posiciones con la aureola que siempre da el prestigio popular y democrático y venir luego a confundirse en inica é indigna complicidad con los enemigos de la República y los conculcadores de la libertad y el derecho del pueblo.

Todo el país que sufre, todos los hombres que guardan en el fondo de su pecho un resto de indignación ante el espectáculo de inmoralidad y encanallamiento que España está ofreciendo a la contemplación burlesca y despreciable del mundo, durante tanto tiempo, agravado en estos últimos años con inauditos desastres y vergüenzas inenarrables, preguntan a cada momento: ¿Dónde están los hombres a quienes confiamos nuestra representación y en quienes pusimos nuestra esperanza, que no se les ve por ninguna parte? ¿Qué se ha hecho de aquellos nombres prestigiosos, que apenas suenan? ¿Qué hacen?

Y no hay más remedio ya que contestar con la verdad: «Se han olvidado de lo que fueron. Se han desligado de compromisos y obligaciones inoportunos que exigen sacrificio personal. Están gozando tranquilamente las ventajas de la posición adquirida con el nombre y el prestigio que el favor popular les dió. Están encerrados en el fondo de sus bufetes repasando y contando *fojas* para que no se escape sin anotar una peseta en sus minutas. Están informando eruditamente en los tribunales y luciendo su oratoria elocuente en el Congreso durante el invierno y toman aires y aguas saludables durante el verano... ¡No son bastantes estas ocupaciones para no dejar a un hombre un instante de reposo! Luego el lujo, la vida moderna, la conservación de la posición social, tienen unas exigencias... ¡Váyase enhoramala el país, la política y la República que no dan más que disgustos!

Y tienen razón. No sé de dónde habrán sacado los republicanos la creencia de que pueden exigir a sus prohombres eminentísimos y gloriosos que estén siempre con el pie en el estribo, en la brecha, dispuestos a la batalla, abandonando sus comodidades, sus negocios y su hacienda como hacen esos zascandiles de Sagasta, Silvela, Romero, y como antes hicieron aquellos insignificantes que se llamaron Rivero, Becerra, Ruiz Zorrilla, Cánovas...

José CINTORA

Según leo en un periódico de Buenos Aires, los niños yanquis se dedican en Nueva Orleans a diversiones que revelan una inocencia candorosa.

¡Hace poco quemaron un colegio de niños negros, lyncharon a varios hombres del mismo color, destruyendo y saqueando, además, unas cuantas tiendas.

¡Angelitos! Merecían que los recluyeran en un convento de frailes, para que las pagasen todas juntas.

¡VIVA EL PUEBLO!

A propósito de este viva dado en Gijón cuando allí estuvo la corte, escribí *La Correspondencia Militar*:

«Pensamos nosotros y como lo pensábamos lo hemos dicho muchas veces, que la base fundamental de la regeneración de la Patria, del engrandecimiento de ésta y de su prosperidad definitiva, consiste en dos vivas que, saliendo del corazón, lancen al Ejército en los brazos del pueblo y al pueblo en los brazos del Ejército, para que uni-

dos estrechamente por el cariño santo que les debe impulsar a secundarse, acometan las mayores empresas y triunfen, correspondiéndoles por igual el éxito hermosísimo que con su esfuerzo alcancen.

El día que el pueblo grite, saliendo del error inconcebible en que se encuentra, ¡Viva el Ejército! y el Ejército responda ¡Viva el pueblo!, y pueblo y Ejército se unan en un estrecho abrazo, desde ese instante podemos contar con que será un hecho positivo la regeneración del país, la prosperidad de la institución armada, la defensa nacional, el fomento de nuestra Marina, todos, todos los ideales que ahora se persiguen sin conseguir en ningún momento alcanzarlos, porque fuerzas disgregadas y con tendencias diferentes jamás podrán realizar ninguna empresa de resultados positivos por su significación y por su importancia.

Enteramente conforme. Es la idea que lancé hace tiempo.

Pero entendámonos.

¡Cree *La Correspondencia Militar* que si ese ¡viva al Ejército! lo intercala el Pueblo con algún ¡muera!, el Ejército secundará al Pueblo?

Mientras esto no se ponga en claro, seguiremos como hasta aquí.

LA BRUTALIDAD DE LA VICTORIA

La conducta de los yanquis en Filipinas merece la reprobación de los periódicos independientes y justos de todas las naciones.

Corresponsales de periódicos ingleses y americanos establecidos en Hong-Kong, lejos de la censura de las autoridades yanquis, que en estos procedimientos inquisitoriales resultan serviles imitadores de las antiguas autoridades españolas—protestan indignados contra la barbarie de los vencedores.

En Manila, los oficiales americanos se meten a los indígenas sospechosos de conspiración a atroces tormentos para que entreguen las listas de conjurados ó revelen los ocultos depósitos de armas. Los cuclugan de los pulgares, manteniéndolos en esta horrible situación horas enteras, les atormentan con aparatos que estragulan sus miembros, y se valen de toda clase de diabólicos inventos para asesinar lentamente a los partidarios de la independencia filipina que cáudicamente creyeron en sus promesas.

Los antiguos siervos de los frailes y de las autoridades rapaces que representaban a España, confiesan que, para sufrir ahora tales atropellos, no valía la pena cambiar de amo.

Sólo hay una diferencia entre la opresión antigua y la moderna. La prensa española no revelaba los atropellos sufridos por los indígenas; antes bien los desmentía y desfiguraba cuando los periódicos extranjeros denunciaban aquéllos al mundo. En los Estados Unidos la prensa es libre; no tiene miedo a nada ni a nadie, y son los mismos periódicos americanos los que denuncian estos crímenes de su autoridad militar, protestando contra ellos como delitos que deshonran a la patria de Washington, el héroe del progreso y la humanidad.

Parece que en Filipinas, tres siglos de dominación arbitraria han envenenado de tal modo el ambiente, que los que desembarcan allí se contagian inmediatamente de sanguiñaria brutalidad.

El asesinato de un oficial yanqui ocurrido de noche en las afueras de Manila, ha bastado para que varias columnas recorran los campos fusilando a capricho é incendiando pueblos.

Los generales americanos telegrafían al gobierno federal dando cuenta de combates en los que mueren cuatrocientos ó quinientos indígenas sin que las tropas yanquis sufran una sola baja.

«¡Mental!—gritan los periódicos radicales de los Estados Unidos, y con ellos la prensa independiente de todo el mundo.—No hay tales combates. Son matanzas de muchedumbres indefensas; degüellos en masa de poblaciones que no se defienden y en las que se ensañan los conquistadores sin correr riesgo alguno. Con tales asesinatos se dan los generales la importancia de vencedores y sacian su cobardía sanguiñaria.»

No es nuevo el procedimiento. También aquí han llegado hasta nosotros historias de combates por los que se dieron fajas y cruces y que no fueron más que matanzas de gente indefensa. Pero en España estamos ha tiempo divorciados de la verdad y la franqueza, y pasan estas cosas sin la pública protesta que en otras naciones.

Jamás se ha visto un engaño tan completo é irritante como el que hoy sufre el pueblo filipino. Se subleva contra la tiranía española, ejercida en nombre de la rutina y la tradición, para caer en la barbarie fría y feroz ejercida por los soldados yanquis, que proceden como bestias disfrazándose con la careta de civilizadores. ¡Valiente civilización la de la ametalladora!

Madama Sevérine, alma generosa que pone siempre su pluma al servicio de los desgraciados, protesta en nombre de la Verdad y la Justicia contra el martirio del pueblo filipino, y para demostrar el sarcástico engaño de que ha sido víctima, cuenta

la historia del general indígena Pío del Pilar, íntimo camarada de Aguinaldo.

Era un joven ilustrado y valeroso que se sublevó contra España, porque España hizo cuestión de honor el mantenimiento y conservación de los frailes en Filipinas. Cuando se presentaron los yanquis, su entusiasmo fué inmenso. Era la gran República que llegaba con sus leyes, monumentos de la Libertad: el espíritu de Washington iba a animar con su soplo las vírgenes tierras oceánicas. ¡Salud a los libertadores! ¡Bienvenidos los americanos, nuncios de la dignidad y el progreso!

Y el entusiasta filipino acaba de caer para siempre atravesado por las balas de los *libertadores*, contra los cuales se levantó reconociendo que poco más ó menos eran como los antiguos amos.

Es una locura creer en la libertad y el progreso cuando se presentan en forma de invasión y conquista colonial. El laurel de la victoria manchado en sangre embriaga a los pueblos aunque sean cultos y ostenten una historia brillante de esfuerzos en pro de la civilización y el derecho. El triunfo convierte al hombre en bestia; al justo, en déspota.

Esto es lo que le ocurre a la gran República americana. Sus fáciles y recientes victorias han hecho que el guerrero que en aquella sociedad adelantada apenas si tenía representación, ocupe ahora el primer puesto y ponga en uso sus procedimientos sumarisimos y violentos, a despecho de las leyes del país.

El pueblo que sostuvo una guerra civil gigantesca y estuvo próximo a desmembrarse por un fin tan noble y santo como la abolición de la esclavitud, ve ahora que sus representantes en lejanas tierras proceden con más crueldad que los antiguos negreros.

Contra este absurdo de la política conservadora y brutal de Mac-Kinley protestan todos los yanquis que aman las tradiciones democráticas de su país.

Las guerras de conquista son fatales para el honor de las Repúblicas. La República es la paz y el trabajo. Los ciudadanos únicamente deben ser soldados para defender el suelo nacional. Cuando se convierten en invasores y van a buscar aventuras y botín en países extraños, la República se deshonra.

Los Estados Unidos merecían las simpatías del mundo, por ser un pueblo de trabajadores. Cuando las circunstancias obligaban a éstos a transformarse en soldados, lo eran al modo de Washington.

Ahora comienza a ser un pueblo de conquistadores; y si la próxima elección presidencial, dando el triunfo a un verdadero demócrata, no varía su rumbo, aparecerá como una nación ébria por el hedor de la sangre de la victoria que emplea los mismos procedimientos de los pueblos viejos y moribundos, abrumados bajo el peso de una historia de atropellos y brutalidades.

BLASCO IBÁÑEZ

Me preguntan desde Girona:

«¿Se averiguó por fin si había ocurrido algo entre el vicario de Amer y unas niñas que entraron en la sacristía?»

«Es cierto que del palacio episcopal de esta diócesis fué arrojado a viva fuerza el humilde expárroco de los Angeles, por no conformarse a recibir 50 pesetas en vez de 3.000 que le correspondían por no sé qué?»

Tienen gracia las dos preguntas, estando el que me las hace en el lugar donde se suponen ocurridos los dos casos. El, él es quien está en la obligación de enterarme a mí de lo que haya habido.

Vengan datos, pues.

REPUBLICANOS DE LA MONARQUÍA

Hablando de la visita de la corte a la Coruña, dice el corresponsal de *El Español*:

«Sería injusto negar al partido republicano coruñés el tributo de elogio que merece por su actitud con motivo del viaje regio. Un alto sentido gubernamental y cortés se ha impuesto a la pasión política. Los republicanos son mayoría en el ayuntamiento: si hubieran querido impedir ó regatear ciertos festejos, lo hubieran logrado, y, lejos de esto, no han puesto obstáculo a los acuerdos del Municipio.

Ni sus periódicos ni sus masas han dicho ni hecho la menor cosa que desentone el hermoso cuadro del día.»

Uno mis alabanzas a las de ese y otros periódicos monárquicos, y quedo rogando al cielo que todos mis queridos correccionarios imiten a los concejales que forman la mayoría del ayuntamiento coruñés.

De este modo nadie se atreverá en adelante a tacharnos de revolucionarios ni demagogos, y podremos librarnos en nuestra última hora de los remordimientos que deben acompañar a los que no manifiestan en actos monárquicos su *alto sentido gubernamental*, ni siquiera regatean un céntimo de lo que se destina a festejos reales.

Antes de concluir, creo un deber de conciencia el tranquilizar a los republicanos que teman que nuestros jefes to-

men determinación alguna contra esos concejales de *alto sentido gubernamental*, que han hecho las delicias de los monárquicos por no haber desentonado el hermoso cuadro que presentó hace días la Coruña.

El *sentido gubernamental* de nuestros jefes es más *alto* aún, y no hay temor de que expulsen á esos concejales del partido, como los carlistas acaban de expulsar del suyo á un correligionario prestigioso que estuvo en Pamplona muy amable y muy concejal con el ministro de Gracia y Justicia.

REPUBLICANOS DE LA REPÚBLICA

El día 28 celebró sesión el ayuntamiento de San Sebastián, proponiendo el alcalde que se organicen algunos festejos para que los reyes tengan, á su regreso de la excursión marítima, un entusiasta recibimiento.

A ello se opusieron varios concejales republicanos, diciendo uno de ellos que, si tal proposición se aprobaba, sus correligionarios organizarían una manifestación de protesta. A pesar de esto se aprobó la proposición del alcalde.

Y aquí me tienen ustedes sin saber qué decir.

Después de haber alabado á los concejales de la Coruña por su *alto sentido gubernamental*, implicaría en mi contradicción manifestar el elogio también á los de San Sebastián por su acuerdo: así que no tengo más remedio que decirles unas verdades. Por ejemplo:

«Todos los insultos que les dirijan á ustedes los monárquicos, se los tienen muy merecidos. Lo que ustedes han hecho se aparta en absoluto de las prácticas corrientes hace algún tiempo entre nosotros.

Los republicanos, lo mismo en el Congreso, que en los ayuntamientos, que en las diputaciones provinciales, deben limitarse á hacer una oposición conveniente; en cuanto desentonan un poquito, faltan á su deber.

Los de San Sebastián, como los de toda España, han ido á los municipios á velar por los intereses del pueblo, y á defenderlos, y por lo mismo han debido contribuir á la organización de esos festejos. La monarquía y el pueblo están unidos y compenetrados de tal modo en España, que forman un todo inseparable y quizás eterno, según leemos á cada paso en la prensa monárquica.

Todavía, si se les hubiera pedido á ustedes que sacaran de su bolsillo las cantidades necesarias para los festejos, me explicaría que se hubieran opuesto. Pero sacándolas de los fondos municipales! Esto no se concibe sino por el influjo de la pasión política ó el espíritu sectario.

Me alegraré, por lo tanto, que los jefes republicanos, sin tener en cuenta lo de la autonomía municipal, los expulsen á ustedes del partido inmediatamente, para que los de *alto espíritu gubernamental* no nos contagiemos de ese acto levantisco y demagógico.

De la diputación provincial de Badajoz ha desaparecido un retrato de Alfonso XII. Como no media el cuadro, con marco y todo, mas que dos metros de largo, cualquier individuo de la Corporación pudo metérselo cómodamente en un bolsillo.

Y el que creyere una exageración esto que digo, será porque no sepa la elasticidad que alcanza el bolsillo de un diputado provincial.

Es lo más elástico que se ha descubierto hasta el día.

J. H. S.

EL ANARQUISMO

El anarquismo es un misterio. O mejor dicho: el anarquismo no es un misterio para toda persona que piense por cuenta propia.

¿De qué vive el anarquista? ¿Quién dirige esa organización internacional? ¿Quién sufragó los gastos de sus clubs, de sus correspondencias, de sus viajes, de sus fondas, de sus ropas y hasta de sus armas mortíferas?

El anarquista nos lo pinta la gran prensa, que es la que lo prensa todo, incluso el sentido natural, como un ser embrutecido, pero á la vez con facilidad de palabra, conocedor de más de un idioma, por regla general precavido en sus declaraciones y siempre negando que tenga cómplices. Todos obedecen una misma consigna, inculcada en academia hábilmente dirigida.

El anarquista nunca es vago, tiene siempre un oficio; pero oficio que no ejerce, porque necesita dedicarse, días, semanas, meses y hasta años, á copiar á un jefe de Estado ó á un político de primera fila, para asesinarle á la primera oportunidad.

No trabaja el anarquista, y, sin embargo, viaja por todo el globo, por vías marítimas y terrestres; come, bebe, viste y calza, y siempre se le encuentran algunas pesetas en el bolsillo. ¿Quién ó quiénes sufragan los gastos? ¿Es acaso el anarquismo un sindicato de banqueros calaveras?

No puede suprimirse el anarquismo porque sus actos son individuales—dicen los hombres seducidos por conducto de la sensada prensa.

Y en esto tienen razón los hombres y la prensa, que tan amigos son de la legalidad. El argumento es aplastante. Si el partido anarquista cometiese sus crímenes en colectividad, en correcta formación, entonces, sí; entonces podría suprimirse; pero si no, no.

Ya ha manifestado el señor Silveira que no puede tomar medidas contra el anarquismo, en lo cual tiene bien, pues cuando no conviene que se sepa dónde se oculta el ovillo, no es prudente tirar del hilo á vista del público.

Y vamos á otro punto.

El hombre sacrifica siempre sus intereses á

cambio de un beneficio. El militar, por ejemplo, pone á disposición del Estado su voluntad, su reposo, su residencia, su gusto y su economía en el vestir, y hasta su vida; pero se despoja de todo y le ofrece todo, á cambio de un sueldo en vida y de una pensión en muerte para su familia; contando, por supuesto, con noventa probabilidades contra ciento de no perder la existencia por accidente.

¿Obró lo mismo el anarquista? Es de suponer, y yo así lo creo, sin violentarme en lo más mínimo. Teniendo en cuenta, además, que el anarquista tiene noventa y nueve probabilidades contra una de perder su vida á manos del verdugo; el premio debe, pues, ser superior á todos los demás premios de todas las profesiones.

¿Quién ó quiénes pagan sus servicios?—Es que el anarquista tiene su caja de ahorros—contestan los ignorantes, ó los iniciados en el asunto. ¿Pero cómo puede ahorrar el que no trabaja?

Por otra parte, ¿qué ofensa, ó qué interés directo, puede existir entre un individuo de la última clase social y un jefe de Estado? Un príncipe, un estadista, pueden asesinar á sus similares, ya para vengar un atropello, ya para sustituirles; pero un anarquista...

—Es que el anarquista es un fanático, un individuo que padece la manía del regicidio—dicen los terrenales ó terrones.

—Admito la razón; pero yo he tenido y tengo también, entre otras, la manía de visitar París, Londres, América, etc., etc., y mi vicio portamonedas me ha cerrado siempre el paso, cual muralla de la China, y nunca he podido viajar más allá de Torrelodones (cinco leguas de Madrid).

El asesino del señor Cánovas vino también de América como el de Humberto, y llevaba, según dijo, varios meses siguiendo á su víctima; viajaba en el mismo tren y habitaba la misma fonda. Era pobre, no trabajaba, y ¡no tenía cómplices! Cánovas era menos amigo de frailes y de monjas que Sagasta. ¿Quién ó quiénes le sufragaban los gastos á Angiolillo?

Cuando la víctima del anarquismo es un rey, el asesino dice que obró por odio á la Monarquía; y cuando es un presidente, por odio á la República. Siempre el asesino es liberal y siempre asesina á liberales.

En París se lanza una bomba en el Congreso y otra en un café. En Barcelona se lanza en el teatro, y debajo de un asiento del paseo público. Resulta, pues, que el anarquismo, además de ser enemigo de la monarquía y de la república, es también enemigo del teatro, del café y del paseo público.

En cambio, no se ha dado un caso de una bomba en el Vaticano, donde se amontonan tantos peregrinos y tantas peregrinas; ni en las catedrales, ni en las iglesias, ni en los conventos, ni en las plazas de toros, ni en las ruinas de gallos, ni en ningún espectáculo que embrutezca al pueblo.

Destruyendo los jefes de Estado, excepto el Papa, las naciones pasan á ser provincias de derecho (aunque varias las son de hecho) del Vaticano. Y destruyendo el teatro, el café y hasta los paseos públicos, el pueblo no tendrá otro recreo ni otro refugio que la iglesia, en donde dejará su dinero, y adquirirá, en cambio, toda clase de enfermedades y de parásitos.

La célebre bomba de Cambios Nuevos en Barcelona fué arrojada con todos los respetos debidos, no alcanzando al obispo ni á los curas. Pero sirvió para aprisionar á los demócratas y reorganizar el grupo anarquista.

Más papistas, ni el Papa, aunque lo ignoren la mayoría de los afiliados al anarquismo.

¡Hay que ARRANCAR LA CARETA á esa asociación que sólo asesina á liberales!

El atentado contra el rey de Persia, si el asesino no es un loco, ha sido un acto para despistar la opinión respecto al de Italia.

MERCURIO

La mano oculta

El corresponsal de *El Imparcial* en Barcelona le telegrafió lo siguiente con fecha 28 del pasado Agosto:

«Parece que á raíz del asesinato del rey Humberto huyó de Roma un sacerdote que se hospedaba en una *trattoria* establecida en la vía Apia, á quien algunas personas le habían oído hacer una entusiasta apología de Bresci, expresando al mismo tiempo la esperanza de que no tardará en sufrir su sucesor la misma suerte que Humberto.

El periódico italiano *Il Messaggero* contó el hecho, añadiendo que las autoridades buscaban infructuosamente al sacerdote, del que desde entonces no había vuelto á tenerse noticia alguna.

Informes que tengo por fidedignos me permiten asegurar que el prófugo de Roma, al que por cierto hacía tiempo se le retiraron las licencias para celebrar, se refugió en España, pasó algunos días en Madrid y llegó á Barcelona, donde se hospedaba en una casa de la calle del Oñate del Asalto. Aquí hacía una vida disipada, y licenciado, frecuentando alguna casa de la misma calle señalada con mala nota, y manteniendo relaciones de amistad con personas de las más exaltadas ideas.

De la noche á la mañana desapareció de esta capital, diciéndose que se había embarcado con rumbo á la América del Sur.

Su presencia en Barcelona parece que coincidió con la llegada de otros muchos extranjeros sospechosos, algunos de los cuales estaban vigilados por la policía, y que han ido desapareciendo poco á poco en distintas direcciones.

Aquí no se ha sabido que las autoridades de Italia buscaban al sacerdote en cuestión hasta dos días después de haber desaparecido éste.

Por lo que he podido averiguar, el prófugo tenía aquí cuenta abierta en un importante establecimiento de crédito.

Esta noticia viene á dar valor á los argumentos que expone en su artículo nuestro ilustrado colaborador *Mercurio*.

Antes, un anarquista preso en el manicomio de Ciempozuelos y recomendado por un cardenal...

Ahora, ese cura triunfando y gastando en Barcelona y con cuenta abierta en una importante casa de crédito...

La policía de Roma deteniendo el día

27 del pasado al cura párroco de San Sebastián, acusado de anarquista y de haber hecho la apología del regicidio...

El no haber soltado los anarquistas bomba ninguna en los templos ni palacios episcopales...

El dispararlas únicamente en las naciones latinas para provocar la reacción...

Todó esto, y otras cosas más, obligan á preguntar: «¿Quién mueve esto?»

Y si cuando se comete un crimen cualquiera sin conocerse al autor, se fijan los jueces para buscarlo en las personas á quienes el crimen beneficia ¿no es lógico aplicar el mismo procedimiento para deducir quiénes mueven á los anarquistas, no á los que ejecutan, sino á los que dirigen?

¿Y á quiénes aprovechan los crímenes del anarquismo sino á la reacción, provocada, mantenida y explotada por el clericalismo?

Hay que enfilar la cuestión por aquí.

EL PARARRAYOS

PERSONAS: *El Obispo. — El Padre Guardián*

—Ya sé, Padre Guardián, y lo deploro, (porque la ruin marmuración presiento), que un rayo del Señor, de su convento estuvo á punto de incendiar el coro. Razón tendrá la cólera divina; y aunque al herir en el vacío templo, más fué aviso de amor que airado ejemplo... ¡Ay, si llega á caer en la cocina...! Mas ya el señor Obispo muy tranquilo puede aquí descansar.

—¿Si? ¿De manera que ha logrado advertencia tan severa que hallen al cabo en su convento asilo santa quietud y devoción austera? ¿Siguió el rezo piadoso al necio chisme y murmurar ocioso? ¿Y de la gula el congestivo exceso es abstención ya?

—Se piensa en eso, —dijo el Guardián turbado, pero tal el cobarde abatimiento de los hermanos fué, que fatigado del continuo lamento, dejándose por fin de tonterías, por calmar sus congojas y desmayos, «un herejote inglés puso hace días, sobre la cruz de hierro, un pararrayos».

¡TOMA LO TUYO!

Lo que voy á referir es rigurosamente exacto y de fecha reciente. El lugar del suceso y los nombres de las personas que en él intervinieron importan poco; pero el hecho en sí tiene, á mi entender, gran significación.

Existe en esta provincia de Salamanca—y lo mismo, sin duda, en otras muchas—una especie de préstamo tan conveniente para el prestamista como oneroso para el prestatario. Ocurre á menudo que el labrador necesita trigo. Si es persona de alguna garantía lo encuentra fácilmente, sin otra condición que la de dar un par de celemines de interés por cada una de las fanegas recibidas. Alguna vez se exige menos, pero casi siempre se exige más.

Para el pago no hay escape. Cuando cumple el plazo, que es siempre en la época de la recolección, el prestamista se presenta en la era, mide el trigo que, según él, le pertenece, lo carga en sus caballerías y se lo lleva á su granero, dejando al labrador dado al mismísimo demonio.

Cierto que, en rigor, el préstamo en las aldeas es lo mismo que en las ciudades, y el aprovechado sujeto que al ciento por ciento mensual presta dinero al militar ó al empleado nada tiene que envidiar al que se nutre con el sudor y la sangre del campesino. Ambos se llevan entre las uñas el dinero de sus víctimas, y sobre su cabeza las maldiciones de los despojados: en este punto difieren poco la rata de la Corte y la del campo.

Sin embargo, la usura rural es más repugnante que la usura urbana. Aquel dorado trigo que el prestamista mide codicioso y el labriego defiende grano á grano, es el fruto de un año entero de improbas y continuadas fatigas. ¿Qué de largas horas abriendo penosamente el hondo surco en la tierra helada! ¿Qué ansiedades, después, esperando la lluvia, que nunca llega!

El mes de Junio dora las mieses; ¿Qué intranquilidad entonces! ¿Descargará un pedrisco? ¿Talará el campo la langosta? Al fin comienza la recolección: desde el día de San Juan no hay para el labrador ni fiestas ni domingos; no hay más que el trabajo, al sol, á una temperatura que no baja de los 50 grados; y brillan las hoces manejadas por manos vigorosas, y las gavillas se amontonan en las carretas, y crujen los pedernales del trillo en las extendidas parvas, y en los rostros ennegrecidos de los labriegos brilla la satisfacción del deber cumplido y el gozo por el premio alcanzado. Allí, en el montón de trigo, fruto de tantos afanes, está la sementera del año próximo, el pan del invierno, el vestido del día de trabajo, la gala del domingo, el gasto de la boda concertada, la medicina para el hijo enfermo... la vida toda del labrador y su familia.

En aquel momento preséntase el prestamista, el sordido Sylock, dispuesto, como es de la leyenda shakespeariana, á cortar en vivo la carne de su deudor.

Los labradores de Castilla, y muy particularmente los de esta provincia, van, desde hace algún tiempo, de mal en peor. La propiedad se transforma aquí de día en día y en perjuicio siempre del cultivador de la tierra. Antes, entre los montes de Propios y las tierras y prados comunales de una parte, y de otra las extensas fincas propiedad de los Grandes de España, el campesino vivía con relativa holgura. El señor, por regla general, era poco tirano; el tipo de las rentas permanecía bajo, y los arrendamientos se transmitían de padres á hijos. Hoy aquellas propiedades colectivas van cayendo en manos de especuladores, y los predios poseídos antes por la nobleza se hallan en gran parte en manos de pequeños propietarios, que quieren sacar el mayor fruto posible á sus recién adquiridas fincas; lo cual, unido á las exacciones del fisco que cargan todas sobre el cultivador, hace que la vida de los labradores sea, en muchos casos, sencillamente intolerable.

Estas que parecerán ociosas divagaciones, me han parecido necesarias para explicar el hecho á que más arriba me refiero.

Don... (el nombre ya he dicho que importa poco: llamémosle X...) era el tipo acabado y perfecto del usurero del campo. Establecido en un pueblo de esta provincia, se dedicaba á prestar en la forma que queda referida. El era acreedor implacable de todos los *charros*, en ocho leguas á la redonda, y aunque se sabía que desollaba el zurrón al prójimo que caía bajo su banda, como la necesidad tiene cara de perro, á X... acudían cuantos habían menester unos cuantos duros ó unos cuantos celemines de trigo.

X... conocía á todo bicho viviente, se sabía de memoria el estado de la hacienda de cada uno de sus contreráneos, y no se dio jamás el caso de que se escapase sin pagar hasta el último céntimo ó hasta el último grano ninguno de sus deudores. En cuanto llegaba el tiempo de la recolección, ya se sabía: X... montaba en su jaca, y, seguido de una ó dos caballerías, hoy á un pueblo, mañana á otro, caía en las eras á cobrar, como él decía, *lo suyo*.

—A mí—solía repetir—ni el más pintado me la da. Y, en efecto, nadie se la daba. El trigo á que él echaba mano no tenía ni un solo grano de nequicia, ni la más leve pedruzuela, ni la más pequeña partícula de tierra; era siempre limpio, sano y de buen peso; lo mejor de lo mejor. Tampoco valían con X... las tretas con que los *inteligentes* saben sisar, al medir, unos cuantos puñados de trigo. Faltaba que él medía, tenía, por lo menos, doce celemines y medio de trigo.

No hay que añadir que sus parroquianos no le podían ver ni en estampa; y tanto hizo él para que se le odiase, y tal aborrecimiento le tomaron los labriegos, que una noche le tapiaron las puertas de su casa, amontonaron leña en derredor de ella y le prendieron fuego. Milagro fué que X... escapara de la quema saltando por los tejados.

Comprendió entonces que nadie es profeta en su Patria, y abandonó aquel *ingrato* pueblo, donde «no eran agradecidos sus beneficios» (palabras del interesado), y se estableció en otro, no muy distante del primero, á fin de no alejarse del campo ó de los campos de sus operaciones.

Aunque rico hasta el punto de poseer un millón, X... no se sentía del todo satisfecho: ser dueño de la dehesa de..., propiedad del marqués de N..., era el reconocimiento que no le dejaba en paz. Parecía la tal dehesa un oasis en medio de aquellos campos assolados por la usura. Los senteros, que eran muchos, disfrutaban de cierto bienestar; el amo tenía con ellos no poca tolerancia y se contentaba con una módica renta. El usurero, que no tenía allí ni un sólo parroquiano, miraba la dehesa como la zorra de la fábula las uvas.

Pero X... era hombre de grandes recursos, y de tales intrigas hubo de valerse y tales maniobras puso en juego, que al cabo logró comprar, y no por mucho precio, la codiciada dehesa. Según me aseguran personas que parecen muy bien enteradas, el prestamista, para decidir al marqués á que le vendiese la finca, falsificó cartas, inventó mentiras, é hizo, en fin, verdaderos prodigios de rústico y sutil maquiavelismo.

Dueño ya de la presa, calcule el lector el regocijo de nuestro hombre al tomar posesión de ella, y el espanto de los colonos al verse en manos del nuevo propietario.

—Hasta ahora—les dijo, sobre poco más ó menos, éste—habéis estado comiendo la sopa boba. El otro amo, el marqués, es un tonto á quien engañabais como un chino; pero yo no me chupo el dedo, y si queréis seguir siendo senteros en la finca, tenéis que armar el hombro y trabajar de veras.

En efecto, los colonos tuvieron desde aquel día que trabajar de veras: como que X... les dobló la renta, la cobraba á raja tabla y no había para ellos ni piedad ni aplazamiento. Bien pronto el bienestar desapareció de la finca, y sus cultivadores entraron por el aro; esto es, tuvieron que acudir á X... á pedirle trigo y dinero que, con lo excesivo de los intereses y lo crecido de las rentas, llevaron pronto la intranquilidad y la miseria á los humildes hogares de los arrendatarios.

Y así siguieron las cosas, hasta uno de los primeros días del corriente mes de Agosto, en que X... se presentó á cobrar *lo suyo*.

Esta vez fué menos afortunado que las anteriores. La gente le esperaba, y en cuanto el propietario puso el pie en la era, los hombres, las mujeres y los chiquillos, armados de estacas, cayeron sobre él como perros rabiosos y le magullaron y despedazaron horrorosamente, gritando á cada golpe: «¡Toma, ladrón; toma, toma lo tuyo!»

ZEDA

Ó LO UNO Ó LO OTRO

Leo en *El Pueblo* de Valencia:

«Desengáñese Moliner. En vano pretende rehabilitarse con cartitas de declamatorias é inoportunas felicitaciones. Eso no le disculpa de las estafas de la Tómbola, de las malversaciones y derroches de fondos del Sanatorio, de las inmoralidades repugnantes de Portaceli, de los agios en los

abastecimientos, del villano y antihumanitario trasiego de enfermos, de los atentados contra el pudor, de los líos y chismes entre el personal que convierte la casa de curación de tísicos en un burdel; y, en fin, de todas las farsas, mentiras é indignidades de que el doctor y algunos de los funcionarios á sus órdenes han sido públicamente acusados.»

¿Ocorre todo eso en el Sanatorio de Portaceli? ¿Si? Pues no pierda el tiempo el doctor Moliner pidiendo millones al gobierno. Pida al arzobispo de la diócesis autorización para convertir el Sanatorio en orden religiosa, y, una vez conseguido, ya puede dedicarse tranquilamente á evacuar sin riesgo los asuntos que en ese párrafo se enumeran.

Pero mientras el Sanatorio sea laico, comprenda que no está autorizado para esas inmoralidades, esos atentados contra el pudor, esos líos y esos chismes, etcétera etc.; todavía hay clases, y no es justo invadir jurisdicciones extrañas.

Esto suponiendo que no sea muy vivo en el caritativo doctor el deseo de imitar á ciertas gentes religiosas, creyendo que por este medio alcanzará la salvación eterna. Si así fuere, tenga por no escritos estos renglones; nada más lejos de mi ánimo que interponerme entre el Sanatorio y su canonización.

Mi único propósito al escribirlos, ha sido advertirle que no se acostumbra en los establecimientos laicos á ejecutar actos de esos que se denuncian, por si quiere poner el suyo en condiciones legales, digámoslo así. Todo lo demás me tiene sin cuidado.

TROZOS APABULLANTES

«Pero donde se conoce más cuán diferente es el espíritu de la Inquisición del espíritu evangélico, es en el modo de formar las causas, de sentenciarlas y de ponerlas en ejecución. Este asunto gravísimo era más digno de una pluma inquisitorial que de la mía. Yo tiemblo, Señor, al verme obligado á hablar de la conducta de un Tribunal eclesiástico para con los hombres, ya sean reos, ya sean inocentes, lo que ofrece un mar inmenso de tristes reflexiones, aunque no haré más que tocar rápidamente el asunto. El ha admitido abiertamente en su seno la maledicencia y la calumnia, la delación y la venganza. «Hace verdades, decía el venerable Palafox, las que son atroces calumnias; y lo que es más, defende lo hecho con la misma jurisdicción de su Tribunal; de suerte que, como hombres afrentan, y como inquisidores se vengan». El mismo Palafox, que habla así, no sólo sufrió la prohibición de su pastoral, sino que el Tribunal dejó correr cuantas calumnias se publicaron contra el venerable prelado, porque así convenía á su política. ¿Y qué maravilla es que hayan perecido millares de víctimas, ya en destierros, ya en sus oscuros calabozos, ora en las prisiones y tormentos, ora en las hogueras homicidas? El secreto profundo é invariable, bajo pena de excomulgación, es como el alma del Santo Oficio, porque así encubre mejor sus abusos, y en esto se diferencia principalmente de todos los tribunales del mundo. Inspira, ó mejor diré, ordena una obediencia ciega á sus mandatos, como si fuera la misma infalibilidad, y no es responsable á nadie de lo que ejecuta. Manda la pesquisa, encubre la denuncia, protege el espionaje, y contra todas las leyes de la naturaleza, intima imperio la acusación recíproca de las personas que más amamos. No importa que, con pretexto de conservar la fe, el padre acuse al hijo, el hijo al padre, el marido á su mujer y la mujer á su marido, hermanos, parientes, amigos; todos, según el espíritu del Tribunal, están obligados á observarse, denunciarse y acusarse mutuamente, aunque sea con notable perjuicio del Estado. Un comisario del Santo Oficio, acompañado de su alguacil y sus ministros, está autorizado para allanar impunemente las casas, aunque sea á media noche, con un silencio misterioso, y arrancar á un padre del seno de su familia, inspirándola un terror pánico, pues ni aun se le permite decir el último adiós á su consorte y á sus hijos, condenados á una eterna infamia, que es el único patrimonio que este desgraciado padre puede transmitir á su posteridad. Generaciones enteras, aun antes de existir, están sentenciadas, no sólo á la pobreza y mendiguez, sino á la ignominia y al oprobio. Así es como el Santo Oficio priva de un golpe á la sociedad de útiles y laboriosos ciudadanos, que sepulta en sus infectos calabozos. Aun inventó más. En el edicto que llaman de fe, promulgado todos los años en los pueblos donde reside este exótico Tribunal, convida generalmente á que se delaten á sí mismos todos los que temen ser delatados por otros: á los que cumplen dentro de un cierto término prometen perdón; pero con los que se resisten no habrá misericordia: serán arrestados, confiscados sus bienes, y sufrirán las demás penas de la ley.

Yo no haré aquí las reflexiones oportunas que se ofrecen á cualquiera; empero obligar á que cada uno se delate para que su nombre y el de su familia queden para siempre infamados en los registros de la Inquisición, es hasta donde pudo llegar la más refinada tiranía. Desafío á todos los sabios á que me señalen igual ejemplo en la más despótica y bárbara legislación. Gastarla el tiempo si intentara probar cuán contrarias son estas máximas al espíritu del Evangelio. El mismo Trájano, que tanto se declaró contra el cristianismo, á pesar de ser un gentil, prohibió severamente la Apología, como nos lo asegura Tertuliano en su Apología. ¿Qué diría de la delación voluntaria aquel magnánimo emperador? Hizo tal impresión en el ánimo de los españoles esta invención infernal, sostenida por el rigor y despotismo, que en menos de cuarenta años, sólo en las Andalucías, se delataron voluntariamente casi treinta mil personas, y muchas de ellas de delitos que ni sabían ni podían cometer, como son brujerías, hechicerías, tócos del demonio, y otras fábulas y sandeces ridículas con que se ha querido embaustrar al sencillo vulgo. ¿Dónde estamos, Señor? ¿Hasta cuándo hemos de ser el escarnio y ludibrio de las naciones? ¡Desgraciada naturaleza que siempre ha de estar expuesta á los caprichos de la arbitrariedad y del error! Cótense ahora estos injustos procedimientos con los artículos de la Constitución que dejó apuntados atrás; hágase el paralelo entre ambas legislaciones, mientras yo paso á describir, si me es posible, los géneros de tormentos que ha empleado el Tribunal en la declaración de los reos, ya sean verdaderos, ya sean

Precisa moralizar y que la crítica, sin emplear frases de relumbrón, hueras argucias ó rasgos de ingenio, se limite á exponer con lisura y llaneza cuanto piense y cuanto sienta.

En suma, que sea honrada.

Y hechas estas reflexiones, entré en materia. Rómulo E. Durón, natural, sencillo, modesto y de vasta cultura, en edad en que la fantasía nos empuja á locas empresas ó irreales ensueños con sin igual acierto, y rara madurez de juicio, se aprestó á trabajos útiles y de enjundia, más ganosos del aplauso de los futuros que del efímero y aparatoso de los que con nosotros conviven. Y así, al ver la obra trascendental de un doctor Bonilla, luchando en la prensa, en el Bolívar de la Revolución, en las tristes de la emigración enajada de miserias y peligros, por el triunfo de la libertad, de la democracia y de la República contra todas las tiranías, se lanzó á la recolección de estos materiales dispersos é interesantes, y que juntos forman la historia política contemporánea de Honduras, para dar á luz su *Colectión de Escritos*, que tantas enseñanzas encierra. Y al ver cómo pudieran esterilmente desaparecer los primeros vagidos de la historia intelectual, por la incuria de los unos, la ignorancia de los otros y hasta quizás por la mala voluntad de muchos, con sin iguales bríos se lanzó á los trabajos de rebusca, sin que le arredrara ni lo penoso de la tarea ni lo ingrato y monótono de la colosal empresa, y así pudo ofrecernos en dos volúmenes su *Honduras Literaria*, gallarda muestra y recuento lleno de interés de los esfuerzos intelectuales de su pueblo, desde el instante de su independencia gloriosa, en que las luchas se inician hasta nuestros días en que la libertad, la paz y el trabajo imperan como soberanos absolutos.

Con lo que pudo ofrecer en sus estudios, los aspectos político, social y literario y las enseñanzas que en ellos se atesoran.

La historia externa, no es sino uno de los aspectos de la vida y ciertamente no el más interesante; lo que constituye el alma de los pueblos, su pensar, su sentir, su querer; lo que los empuja en brazos de todos los progresos ó los estancamientos; lo que les hace héroes ó les arroja al maritirio; lo que les obliga á revelarse como poeta en los cantos inspirados de sus rapasas ó como artista en los fragmentos de una columna ó como religioso en sus colosales y misteriosas construcciones; lo que nos los rinde ayal, emprendedor y valiente hasta lo temerario, lo que les hace ofrecernos de cuerpo entero, en carne y sangre, es la compleja resultante de sus energías físicas, intelectuales y morales en armónico y sublime concierto.

Y así en la historia literaria del señor Durón, donde sin previas selecciones, ya que lo malo y lo bueno andan revueltos en la vida, se ve junto á lo excelente lo mediocre; en mezcla con la pléyade de ideas la hojarasca de conceptos y lo trivial y prosaico de la expresión; en confusión con lo castizo y pulcro, revelador de gustos ácticos, lo incorrecto y deslabazado, reflejo exacto y fiel de neuróticas creaciones ó ensueños quiméricos.

Y tal debió ocurrir, si habla de exponerse con toda lealtad la manera de ser de un pueblo y la vida intelectual que en él existiera.

Razón tuvo, pues, el prologuista de esta obra, para decir que en ella se contiene de todo y de todos, bueno y malo, literario y no literario, por lo cual hubiera quizás sido más propio llamarla *Speculum literarium hondurensis*. En ella ocurre, y valga lo pintoresco del símil, lo propio que cuando se asciende á los picachos de abrupta montaña, desde donde se contemplan en revuelta mezcla y confusión, ruinas venerandas que los jaramagos recubren y bosques que matizan las laderas, escuetas llanuras que se dilatan en rojizos é interminables manchones y el verdor de misteriosos valles que se ocultan en las quebras del terreno.

«Para juzgar de un país, en cualquier sentido, no hay que tomar aspectos determinados. Es preciso verlo en conjunto, con todas sus cualidades y defectos. Los accidentes sirven de punto de comparación, y unos y otros proporcionan su propia medida. Imposible sería apreciar las alturas si no se tomaran por base los terrenos llanos y bajos.»

José Cecilio del Valle, el amigo de Jeremías Bentham, se nos ofrece con el acta de independencia del antiguo reino de Guatemala; con sus santos inspirados á la ciencia; con sus admirables estudios históricos; con su crítica de los sistemas de enseñanza, que engendraron hombres que ni saben cultivar la tierra, ni formar un libro de caja, ni medir un campo, ni determinar la posición de un lugar, ni observar un eclipse. ¿Qué esperar de una sociedad en que las familias vivían espantadas por duendes, los inceses seriamente ocupados en procesar brujos y las escuelas de filosofía consideraban como su más alta ocupación batirse por el ente de razón y otras hermosuras imaginarias?

Dionisio de Herrera, el admirable hombre de Estado; Francisco Morazan, la figura prestigiosa en Centro América; Lindo, Ferrer, Reyes, Alvarado; Gutiérrez, el escritor ultramontano y panegirista del catolicismo, cuyos rudos ataques á la libertad más hablan en pro de sus sentimientos religiosos que de la solidez de su cultura; Contreras, el tribuno elocuente y periodista fácil; Valentín Durón; Adolfo Zúñiga, Arias, Soto, Rosa, Zelaya, Cisneros, Lazo, Moncada, Bonilla, Uclés, López, Ugarte, Fiallos, Ferrari, Membrillo... todos, cual más cual menos, desfilan con la frente alta y bañándose en la luz espléndida de los ideales. Son los trabajadores, los que agrandan los horizontes al pueblo, los que luchan por el triunfo de la libertad, por la encarnación en la vida de todos los progresos.

Y luego vienen los cantores, los poetas, los soñadores, con su lira armoniosa y su corte de fantásticas creaciones; José Trinidad Reyes, con sus dulces *Pastorelos*; Rosa, Gallardo; Rómulo E. Durón, de un subjetivismo dulce y lleno de tristezas que nos evoca las ternuras de Becquer ó las indescriptibles de los *Nocturnos* del andaluz Mas y Prat; con sus parafrasis de Runaberg, de Moore, de Rameau, de Byron, de Longfellow; Molina Vilij, Carrasco, Uclés, Guardiola; Jerónimo J. Reina, en quienes resplandece ó el pesimismo desgarrador de nuestro Espronceda, ó el colorismo de Rueda ó las sublimidades de Becquer ó la musa robusta é inspirada de nuestro genial Reina.

Y tantos otros, como Domínguez con *El violín rojo*, Ramón Molina con *La fragua y La caída de Luzbel*, ó Froilán Turcios con su *Virgen del cielo*. Si otro mérito no tuviera, tendríamos la obra del señor Durón, por ofrecer en un haz soberbio tan heterogéneos trabajos y tan contrapuestos ideales. Concluiré transcribiendo sus propias palabras, tan llanas de modestia como de sinceridad: «Aparte de otras consideraciones, salta á la vista desde luego la de que la generación que se levanta podrá estudiar en las diversas producciones que lo componen, el grado de civilización que alcanzaron

las que le precedieron y la de que tendrá en él un poderoso estímulo para dedicarse, de un modo formal y serio, al cultivo de las ciencias y las letras, pudiendo así hacer bien lo que antes se hizo mal y hacer mejor lo que antes se hizo bien, y buscar en nuevas fuentes nuevos elementos, nuevo caudal de ideas para elevar el nivel de nuestra cultura y trabajar por la prosperidad y el engrandecimiento de la Patria.»

Mis plácemes más sinceros á Rómulo E. Durón, y mi deseo de que pronto vea la luz otro de sus interesantes trabajos para gloria propia y satisfacción de los que le queremos y admiramos.

ENRIQUE ROGER

CHINOS PRESUNTOS

En La Puebla de Sancho Pérez (Badajoz), há tres meses vivía una inglesa, *miss Anna Hott*. Tenía alquilada y pagada por un año una casa, con el propósito de propagar dentro del derecho constitucional las ideas de la secta evangelista.

Solicitó permiso del alcalde para dar conferencias públicas, que no dió por negárselo la autoridad, y ha vivido en su casa explicando la Biblia á los que lo han solicitado, sin faltar á lo que ordenan la Constitución y la ley de re-uniones públicas.

El alcalde, aconsejado por el cura, tuvo encerrada en su domicilio un día á la inglesa, mientras llamaba una pareja de guardias civiles para hacerla desalojar el pueblo y mandarla de conducción en conducción á Badajoz. Llegó á Zafra custodiada por la benemérita, ingresó en la cárcel como un criminal, y si la autoridad superior no lo remedia, irá de puesto en puesto de civiles, recorriendo su calvario.

«Aquí, donde se tolera la enorme cáfila de órdenes religiosas extranjeras que pervierten el sentido moral del pueblo mientras nos quitan los bienes materiales, se impide á un extranjero el uso de un derecho reconocido en nuestras leyes, y se abroga un alcalde funciones de tribunal de justicia, desterrando á un inocente, con la agravante de tratarse de una señorita honrada.»

Este párrafo último no es mío; es del ciudadano que da cuenta del hecho. Yo no tomo tan por lo trágico sucesos naturales y sencillos.

Sólo diré que, al paso que vamos, pronto nos dedicaremos, como los chinos, á cortar la cabeza á los que propaguen cualquiera religión que no sea la de Cristo, dando lugar á que toda Europa se lance sobre nosotros.

«Pero qué estoy diciendo, vanidoso de mí! Con que se echen sobre nosotros Portugal y la República de Andorra, bastará para meternos en vereda.»

Nación donde las autoridades de un pueblo se ensañan de ese modo con una débil mujer, sin que se alce enérgica y unánime protesta, no está en condiciones de luchar digna y valientemente con otra alguna.

Lo mismo fué oír la voz de ¡fuego! los fieles que se hallaban en el santuario de Begonia, se avalanzaron con el valor de los mártires hacia la puerta, atropellándose caritativamente y sin pensar ni por un momento en que la Virgen podía realizar un milagro que los salvase á todos.

Fué tan horrible la confusión, que resultaron estropeados muchos creyentes, amén de los gritos de rúbrica, y de los desmayos, pérdidas de objetos, destrozos de ropas y olvidos de pudor. Una mujer quedó en tal estado que falleció una hora después, y una niña muy grave.

Este hecho desmiente á los que dicen que la fe ha huido de los corazones: no se puede escapar del peligro con más fe. ¡Oh fe! ¡Tú ponés alas á los talones de los que te rinden fervoroso culto! ¡Tú salvas! ¡Bendita seas por los siglos de los siglos!

PARA LOS INDIFFERENTES

Dice el *Heraldo de Madrid*:

«Han visitado nuestra redacción un numeroso grupo de muchachitas, preciosas niñas que vestían el traje de nuestras obreras. Es interesante la historia que nos refirieron y tristísima la impresión que nos ha producido el relato. Las corseteras de la fábrica del señor Borrego han sido hoy despedidas del taller y aparece para ellas el horrible problema de la falta de pan. Para el caso ha bastado una cuestión de competencia. Comenzaron, según parece, por estudiar en totalidad la organización del taller, hicieron después algunas bajas labores por la muestra de las mismas, y hoy un convento de monjas realiza ya todas las labores, dejando á las infelices obreras en la calle con la perspectiva del hambre.»

Ahí tienen los indiferentes en la marcha de la cosa pública, los complacientes con el monaquismo, los que nada les importa que la fraileocracia y el jesuitismo se apoderen de todo lo que significa vida para el pueblo trabajador, ahí tienen mucho que estudiar y no poco que aprender.

Porque si las órdenes monásticas hacen la competencia á los trabajadores en todas sus labores, ¿qué porvenir le queda á la clase obrera?

Se dirá tal vez que no es posible que todos los trabajos los acaparen las órdenes monásticas; ya lo suponemos, pues no van á dedicarse á la carga y descarga de buques y á otros trabajos de suyo pesados, porque ellas

gustan de labores donde no tenga que sufrir y sudar mucho; pero dados los establecimientos que de distintas industrias y variados oficios explotan ya, va á ser del todo difícil la existencia del pueblo trabajador. Y si en los trabajos del hombre no ha de serles tan fácil la competencia por la índole de los mismos, en las labores propias de la mujer les es muchísimo más fácil por distintas y varias causas.

Los comerciantes ó fabricantes en artículos de camisería, corbatería, corsetería y otros anexos, van directamente á su negocio los más de ellos; y mientras la labor les resulta económica, poco les importa sean unas ó otras manos las que confeccionen los surtidos de los artículos que han menester; y cuanto á más bajo precio paguen la mano de obra, mayores serán los beneficios que obtengan.

Dado, pues, el incremento y desarrollo que mal tan grave va adquiriendo, urge ponerle remedio eficaz y contundente para atajar los pasos de esos explotadores de la criatura humana.

Ya que los gobiernos de ello no se ocupan poniendo el dique correspondiente á la invasión fatal, es muy conveniente, muy útil y muy necesario que, por lo que á todos atañe, pongamos de nuestra parte cuanto nos sea posible para acabar con esta usurpación de profesiones, pues de continuar, nos depara un porvenir de horrores y de miseria. Ante todo, que ningún padre de familia, de los verdaderos se entiende, mande niña alguna á esos colegios que so capa de la instrucción, son talleres que se apropian los trabajos de la mujer. Que en este sentido se haga una propaganda seria, formal y eficaz, para que dé los resultados apetecidos. Que ningún trabajador ni hombre que se precie de digno, preste su concurso moral ni material á ninguna orden monástica. De esa suerte tal vez se aminorarán los daños que á la nación española acarrea todo ese enjambre de pordioseros con sayal, que pidiendo limosna y haciendo trabajar por su cuenta á cuantos tienen á mano, levantan fastuosos edificios y gozan de una existencia regalada.

Lo repetimos: debe cesar en tan arduo problema toda clase de indiferentismo, si en algo apreciamos el bienestar de nuestros semejantes en general, y particularmente de la clase trabajadora, y especialmente de la mujer obrera; porque de continuar como hasta aquí, á la mujer que por su situación se ve obligada á vivir del producto de su trabajo, no le queda más porvenir que ingresar en el claustro conventual ó en el lupanar; cuál es peor, esto no lo sabemos, puesto que si en el templo del vicio se corrompe el cuerpo, en muchas ocasiones, en lo que debiera ser templo de la virtud se corrompen y degradan el cuerpo y el alma. Por la memoria de nuestra inolvidable madre, por cuanto queremos á nuestra esposa, por el amor que profesamos á nuestras hijas, por el cariño que por nuestras hermanas sentimos, por el afecto y consideración que la mujer en general nos merece, es de interés público que abandonemos la apatía que nos subyuga, y rompiendo por todo, hagamos una oposición ruda y tenaz á cuanto se oponga á lo más sagrado que tiene el ser, y es el derecho al trabajo. Ni menos se puede pedir ni hacer, ni existe razón que á ello pueda oponerse con equidad y justicia. Y por nuestra parte habremos cumplido con el deber que nos imponen la civilización y el humanitarismo.

EMILIO GARRIGA

Barcelona.

SECCIÓN AMENA

EL CASO URGENTE

Aquello era un caso. Vaya si lo era. Indecelable como todos los de la gramática... parda, como los de la gramática de la vida. *Insoluble* en aquellos momentos y en los sucesivos también, para cualquiera que no cobre por lo menos lo que cobra un beneficiado que al mismo tiempo sea capellán de monjas más ó menos descalzas.

La patrona exigía como exigen... las patronas; imperiosamente. No cabía martingala alguna. Lo de la eterna letra que nunca llega, lo del amigo que nos debe dinero y ha resuelto... no pagárnoslo... las marrullerías todas de que es capaz un hombre que necesita vivir y esperar tiempos mejores... que no vendrán, y que ni siquiera pasarán...

«Si no me trae usted hoy algo de lo que me debe, no le pongo el almuerzo...» Estas habían sido sus palabras. Categróricas como el imperativo Kantiano, inapelables como sentencia del Tribunal Supremo.

Y cuando terminó el desayuno—un poco de leche—resolvi marchar á la calle donde sin duda encontrarla... gente conocida.

En la imaginación revoloteaba una idea negra, siniestra. Nada *atentivo* al orden social—¡oh mis caros lectores!—nada disolvente, ni *abracadabrante*. Pensaba simplemente en acudir á alguno de los muchos y valiosos amigos con que yo cuento; pero ese pensamiento fué desechado, temiendo quedar ante ellos como un sablista, para siempre golfo y lo que es aún peor, *periglioso*. Y todo esto sin conseguir ni un solo céntimo. Creo que obré en aquella ocasión con gran filosofía, y más de una vez he aplaudido mi *conjunct resolution*.

Eran ya las cinco de la tarde y había salido de casa á las nueve de la mañana. Mi honor herido—nadie me daba un cuarto por él—por las palabras de doña Amalia, que así se llamaba la patrona, me impidió el ir á mendigar la comida, que no obstante sus amenazas, justificadísimas, me hubiese dado la buena señora, que á decir verdad era de lo que no hay, en el por varios conceptos célebre gremio patronil.

El estómago gritaba como un energúmeno, á tiempo que yo pasaba por delante de una iglesia, abierta, según luego pude enterarme, por causa de una novena que á tal hora se celebraba. Y como no soy ni *impío* ni *dereje*—que dice el sacristán de mi pueblo—resolví entrar en ella, no tanto por rezarle á los santos, como por descansar de aquel día terrible y negro de mi vida.

Sentado en un banco descansé largo rato. Me encontraba bien, en aquella discreta penumbra,

en aquel silencio *solemne*, interrumpido periódicamente por el susurrar de un rezo, que producía un sonido muy semejante al de los granos de trigo que caen en un *traje* mediado ya.

Quería pensar en alguna fantástica solución, y las ideas asaltaban y se confundían en mi cerebro, como si valieran locamente algún trozo de Strauss. No confundirlo con el teólogo.

Así pasó no sé cuánto tiempo; de mi paroxismo vino á sacarme el ruido que las llaves producen, al chocar unas con otras; era un monaguillo el que de este modo anunciaba la inmediata clausura de la iglesia.

Levantéme y me dispuse á salir y ¡oh prodigio entre todos los prodigios! y ¡oh providencia que amparas siempre en sus necesidades á los que como yo comulgamos por pascua florida! y ¡oh cepillos, simbólicos cepillos, pancea para todos los necesitados! Allí estaba todo lo que yo ansiaba, y no pude reprimir un *eureka*, que no llegaría á Siracusa, pero que seguramente fué oído por el monaguillo que de nuevo agitó las llaves con impaciencia lamentable.

No; aquello no era *ilusión* de mi *acalorada fantasía*, según el decir de los dramaturgos malos; aquello era una realidad, *viviente, palpante y epatante*.

«San Expedito, abogado en casos urgentes», así decía el rótulo; y una cuando yo no hubiese clasificado mi caso, pensé que, si no era urgente, le faltaba muy poco.

Una moneda de cinco céntimos, la penúltima—debía ser la última con arreglo á tratado literario—que en mis exhaustos bolsillos quedaba, era lo suficiente para que entre San Expedito y yo, misero mortal, se estableciera la comunicación necesaria al remedio de tamaños males. Echéla, pues, por aquella abertura insaciable, y al chocar contra las alí depositadas de antemano, produjo un ruido metálico, consolador...

No me extrañó que necesitase para conseguir del santo tan señalado favor, dar cinco céntimos. Siempre me pareció admirable ese espíritu comercial que les permite dar el 100 por 1. Á los que son sus devotos, y ni á milagro atribuya yo aquello, porque á tanto, si no á más, nos tienen acostumbrados donía Baldomera, La Liquidadora y demás montes de piedad (?).

Sentí como que una frescura inmensa anegaba mi alma, y feliz con tal encuentro, me alejé de aquel sitio cien veces santo.

¡Feliz!... Me lo daba el corazón, nada más que el corazón; pero les parece á ustedes poco? Y además me lo decía el *cepillo*, abogado en casos urgentes.

Cuando salí á la calle estaba anocheciendo. Renuncié á describir el epísculo, porque ya sabrán que todos son sangrientos y melancólicos hasta entristecer á un burgués. Además estaba yo demasiado alegre para pensar en que el sol moría allá, *trás las cuevas azul del horizonte*.

Marché hacia casa, no dudando de que en ella encontraría ya el remedio á mis necesidades, y en aquel momento, por un fenómeno de auto-sugestión, según luego me dijo un amigo médico que no cree en la eternidad de las penas, me sentí tan huesped y tan exigente, como si mis cuentas con la patrona estuvieran saldadas.

Desgraciadamente no era así y al llegar á la casa pude notar que doña Amalia me recibía no de muy buena gana. Y así pasaron días y días. La buena señora de nuevo se apiadó de mí, y á no haber sido por una letra de 20 duros, que al mes de mi *ex-pedición* por la iglesia de... ya no recuerdo qué nombre, vino, hubiese pasado la negra, la más negra de todas mis épocas. Inútil me parece decir que los veinte duros me los mandó un tío que, siente por mí *cierto cariño*, algo menos que por Pl y Margall, y que de cuando en cuando me socorre con esas ó parecidas cantidades.

Desde entonces, cuando pienso que en años de Clavileño llegué hasta creer que cinco céntimos podían, milagrosamente, producirme cinco duros; cuando pienso en lo disparatado de mis cálculos, y en mis ilusiones de poeta cursi y sentimental, me desprecio... lo más olímpicamente que puedo.

PEDRO GONZÁLEZ BLANCO

22 Agosto 1900.

Se me habla, pero en términos muy oscuros y muy vagos, de una denuncia hecha por el investigador de Hacienda de Guadalajara, referente á la defraudación cometida por las monjas Concepcionistas. Se trata de una gran extensión de terreno que ocultan, ó por el cual nada pagan, y que además arriendan.

Si recibo más datos, trataré detenidamente el asunto.

¡TODOS SON IGUALES!

Weyler, la esperanza de algunos cándidos republicanos, el caramelo que chuparon por breves momentos los romeristas, y el Mesías de los hombres que de buena fe desean la verdadera regeneración de esta infeliz España, Jauja de cuatro bandidos políticos y purgatorio del resto de los borregos que la habitan, esta esperanza se trocó en amargura, el caramelo en hiel, y el Mesías en monaguillo de la iglesia de *San Práxedes*.

Esto no es nación; es una feria continua de farsantes sacamuelas que con su charla entretienen y engañan á los simples concurrentes que los escuchan.

¡La esperanza (?) de la patria se estrella ante una cartera de Guerra!

¡El Mesías tan ansiado, rodeado de aureola popular, destilando de su espada de paz, libertad, igualdad y justicia, resulta un tipo vulgar, frágil, estúpido y ambicioso, como todas las vulgaridades que dentro de la monarquía nos han explotado, embrutecido y deshonrado!

Weyler, ¡el gran Weyler! se inclina ante el político más farsante y más funesto de todos cuantos han ocupado en este siglo el puesto más alto del Gobierno.

Y este pueblo necio y estúpido, que protesta duramente, y hasta con locura, porque un torero da un *bajonazo*, no protesta, ni le conmueve que un *príncipe* de la milicia, después de jugar al escondite, y burlándose de los pocos hombres de corazón sano y *limpios* de las catástrofes sufridas por esta desdichada nación... se arranca para dar un golleteazo á la patria y la puntilla á la libertad.

«Hombres nuevos, hombres nuevos!» gri-

tan los cansados de tanto sufrir; «hombres nuevos!» repiten los amantes del progreso y de la regeneración. ¡Hombres nuevos! ¿para qué, si todos están inoculados de audaz ambición, si todos se venden por un plato de lentejas, si todo huele mal, si estamos corrompidos, si esta atmósfera envenena y mata?

Sólo una revolución *verdadera* puede salvarnos, implantando una República radical que barra tanto cieno, y haga de España un pueblo culto, libre y feliz.

Grandes esperanzas hizo concebir también con sus *pufos* republicanos el *guasón* general Domínguez, y qué resultado de sus desplantas! Pues que ni monta á caballo, ni va á ninguna parte. Pero anuladas estas *nulidades* que tanto brillan por el casco, surge un rayo del sol de Antequera, y de sus egoísmos y desechos brotan terribles amenazas contra la reacción, y embobadamente arroja piedras á la monarquía. Los de la regeneración le jalean porque ven en él al hombre que buscan, y los republicanos aplauden al de los eternos saltos. Pero ¡oh decepción! Después de su discurso valiente y fogoso, va á San Sebastián, coje carrera, se salivan las manos, y postrándose á los pies de la regente exclama: «Con vuestra majestad no va nada! ¡Soy monárquico y lo seré toda mi vida!»

Desengáñense los republicanos; de hombres tan desahogados y frescos (por no decir otra cosa), jamás puede esperar nada la República. Eso sí, cuando triunfe, vendrán á nuestro campo; pero no olvidemos sus traiciones y felonías, para pagarles en la misma moneda.

El pueblo, y sólo el pueblo, es capaz de alcanzar lo que tanto anhela; y el que lo dude, no debe olvidar que de la revolución francesa salieron dos ilustres generales de *veintiocho* años de edad, y legisladores eminentes que estaban obscurcidos.

Dentro de la monarquía no hay hombres capaces de regenerarnos; después de ejercer el poder veinticinco años, véase al extremo que nos han conducido. Y quien diga lo contrario, ó no dice lo que siente, ó come y vive de la explotación de que somos víctimas.

Está claro como la luz del día, que conservadores y liberales... todos son iguales.

F. I. SOCASAUS

Santander.

Por ocultación de riqueza y defraudación al Tesoro público ha sido denunciado en una población castellana—no dice cuál el periódico en que leo la noticia—el presidente de la junta provincial de la *moralizadora* Unión Nacional.

Probablemente sería ese de los que más gritaron cuando los horteras se creyeron omnipotentes, para ver si así apartaba la atención de sus actos.

Recomiendo ese salvador del país á Romero Robledo, para el día que forme ministerio con Paraíso. Un moralizador de ese calibre merece ser, por lo menos, director del Banco... para dejarlo en un pie.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colectión completa, 5 pesetas francas de porte y certificada.

Para los suscriptores á *El Motín* á 10 céntimos, cargándoseles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

Como todo lo consideran ya suyo, hacen bien los clericales en disponer de todo.

Las hermanas de la Caridad de Jérez solicitan del ayuntamiento dinero para salir á baños, y el ayuntamiento, claro es, se lo concede. ¿Que quién tiene menos vergüenza? El ayuntamiento. Eso no se pregunta.

Napoleón, á quien no puede negarse competencia en la materia, dijo:

«Si la obediencia es el resultado del instinto de las masas, la revuelta es el resultado de su reflexión.»

Se arrepentiría seguramente de haber dicho eso, si hubiese alcanzado estos tiempos y conocido á los republicanos españoles.

Precisamente por reflexionarlo mucho, no hacemos nada.

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores á *El Motín*

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo.

LOS REYES CON MONTE, por El Motín. Con láminas.

LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, Ó LA VERDAD EN EL VATICANO

DISCURSO DEL OBISPO SITOSTRATY.

JUJUA LA PAPISA, por Julio Fernández Mateo.

LA MUJER Y LA IGLESIA, por Id.

MONITA SECRETA, Ó INSTRUCCIONES RELEVADAS DE LOS JESUITAS

LA VISTA PASTORAL, viñe en tres jornadas y en verso, por Id.

¿CUÁL ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo «La paz» de Iteja.

CANTAS DE TAYLLERAND al obispo de Clermont y al abate Maury.

CANTAS DE TAYLLERAND al Papa Pío VII.

POESÍAS HISTÓRICAS, por autores renombrados, recopiladas por El Motín.

LA MENDICANCIA Y LA IGLESIA, por Laurent.

MÁXIMAS INMORALES DE LOS JESUITAS, sacadas de sus obras

MÁXIMAS MONACÓLOGICAS DE LOS JESUITAS, ídem, ídem.

CARTA A EUGENIA, por Frère.

Ó CATOLICISMO Ó DEMOCRACIA, por F. Laurent.

LA RESERVA Y SIETE CÉLEBRES PREGUNTAS DE ZAPATA. Diríjase á los

MEJORES HOMBRES DOCTORES, por los cual es fué quemado en

silbido en 1631.

CON LA JUSTICIA Y LA INIQUICIÓN... crítron, por don Nicó-

LA CARIDAD Y LA IGLESIA, por Ch. Potvin («Dom Jacobus»)

LA RECLUTIVIDAD Y LA IGLESIA, por ídem.

LOS MEJORES HOMBRES DOCTORES, por El Motín.

CUJAS Y AMAR, por ídem.

GRACIAS DE CURAR, por ídem.

MADRID—IMPRENTA, ENCAJARNACIÓN, 4.